

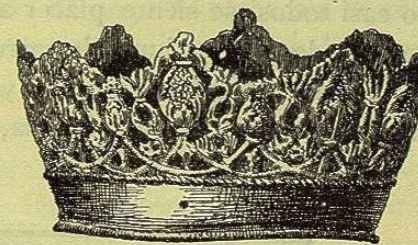


CETRO DE LOS  
REYES  
CATÓLICOS

á su sombra inauguraron la época moderna; yacen allí héroes y padres de héroes; reyes que jamás retrocedieron ante el peligro y reinas que consumieron su vida en el fuego de un amor profundo; seres afortunados que al volver de sus batallas hallaron descanso en brazos de otro sér querido, y almas infelices que apuraron la copa del sufrimiento sin hallar en el fondo ni aquel bienhechor letargo que el exceso del dolor suele llevar consigo; ¿á quién cabrá entrar en tan lóbrego recinto sin que le palpite el corazón al impulso de los más contrarios sentimientos, sin que al tocar el plomo que cubre aquellos hombres y al recordar que ellos fueron los que salvaron de la anarquía feudal los pueblos, no sienta asomar en su frente la sombra del respeto, sin que se derrame una lágrima de sus ojos sobre el féretro de aquella gran princesa que oía por sí las quejas de sus súbditos y dió la mano á un extranjero á quien habían despreciado todos los reyes, sin que sienta compasión por aquella desdichada reina que, ebria de amor y loca de celos, pasaba la noche al pié de un puente levadizo esperando que rompiese el alba para ir sola y al través del mundo en busca de su adorado esposo, y, después de muerto, le veló y no le dejó hasta ver caída sobre su ataúd la losa del sepulcro?

En un extremo de la ciudad, á la raíz de una colina, por aquel punto árida y desierta, hay la iglesia de San Juan de los Reyes, también notable no sólo por los recuerdos que contiene, sino también por la severidad de sus formas góticas, sus reminiscencias árabes, las piadosas leyendas esculpidas en sus fachadas y el sentido profundo que encierra un cuadro del siglo xv, que es tal vez el que ha dado nombre á tan modesta fábrica. Una doble ojiva constituye sus

antiguas fachadas; tres naves divididas por anchas columnas de que arrancan pesadas cimbras laterales, un humilde crucero y un presbiterio polígono de bóveda por arista, el interior del templo: una torre, en cuyos lados figuran ajimeces de doble arco y grandes fajas de toscos



Corona  
CORONA DE ISABEL LA CATÓLICA

entrelazos árabes defendidas por los aleros de un tejado humilde, todo el adorno y la hermosura del exterior, donde no se levantan ya ni calados antepechos, ni agujas de crestería, ni pirámides sentadas sobre estribos y arcos botareles. No presentan novedad las portadas sino en unos versos escritos al pié de un San Juan á quien van dirigidos (1), tampoco la presentan sus naves sino en un pequeño altar en que la mano del siglo xv pintó á Don Fernando y á D.<sup>a</sup> Isabel orando de rodillas á Jesucristo, que descansa exánime en el regazo de la Virgen (2); pero la presenta su torre no sólo en lo exterior, sino también en lo interior, donde una suave cuesta en vez de escalera conduce á un cuarto desde cuyas ventanas se descubre una de las más pintorescas vistas de Granada: la ciudad, las frondosas alamedas del Alcázar, ese mar de verdura agitado por templadas brisas, sobre el cual flotan al parecer torres y muros. Es rica la ciudad en magníficos conjuntos (3); pero aún después de haberlos admira-

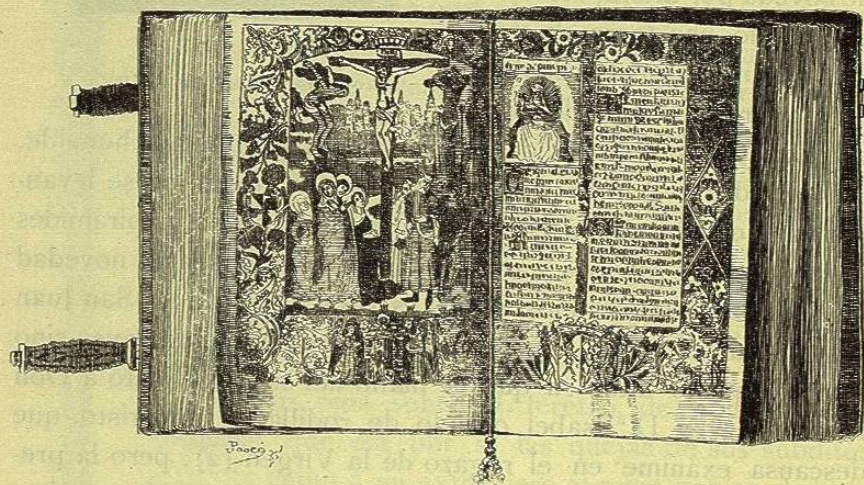
(1) Dicen estos versos:

Præcursor Domini Martir Baptista Joannes  
Accipe constructam sacram de marmore formam,  
Quam formosus Thomas nobilis atque magister  
In humile obsequium proprio de jure dicavit.

(2) En este cuadro la Virgen lleva en la mano una cinta en que se lee: videte si est dolor sicut dolor meus et sentite in vobis: D.<sup>a</sup> Isabel otra que dice: fac me, Domine virtutem passionis tuæ imitari et fidem servare: D. Fernando otra que dice: per mortem filii tui delectet me labor tuus.

(3) El que se presenta desde San Juan de los Reyes es ya muy bello; pero si se quiere gozar de uno de los más notables de Granada, es preciso pasar la Plaza

do casi todos, se siente placer al contemplar tan grandioso panorama desde esta humilde torre, desde este minarete animado un día por la voz del muezín y hoy por las campanas, ahora medio sumergido en una iglesia, y levantado ayer al pié de una



MISAL DE LOS REYES CATÓLICOS

mezquita bajo cuyas bóvedas puso D.<sup>a</sup> Isabel la Cruz y dobló antes que nadie la rodilla. Minarete y templo están como desiertos: su soledad, su silencio hacen sentir mucho ante ese vasto paisaje; donde todo es luz y vida, donde la naturaleza y el arte se embellecen mutuamente, donde la historia lo cubre todo de recuerdos, de flores la poesía.

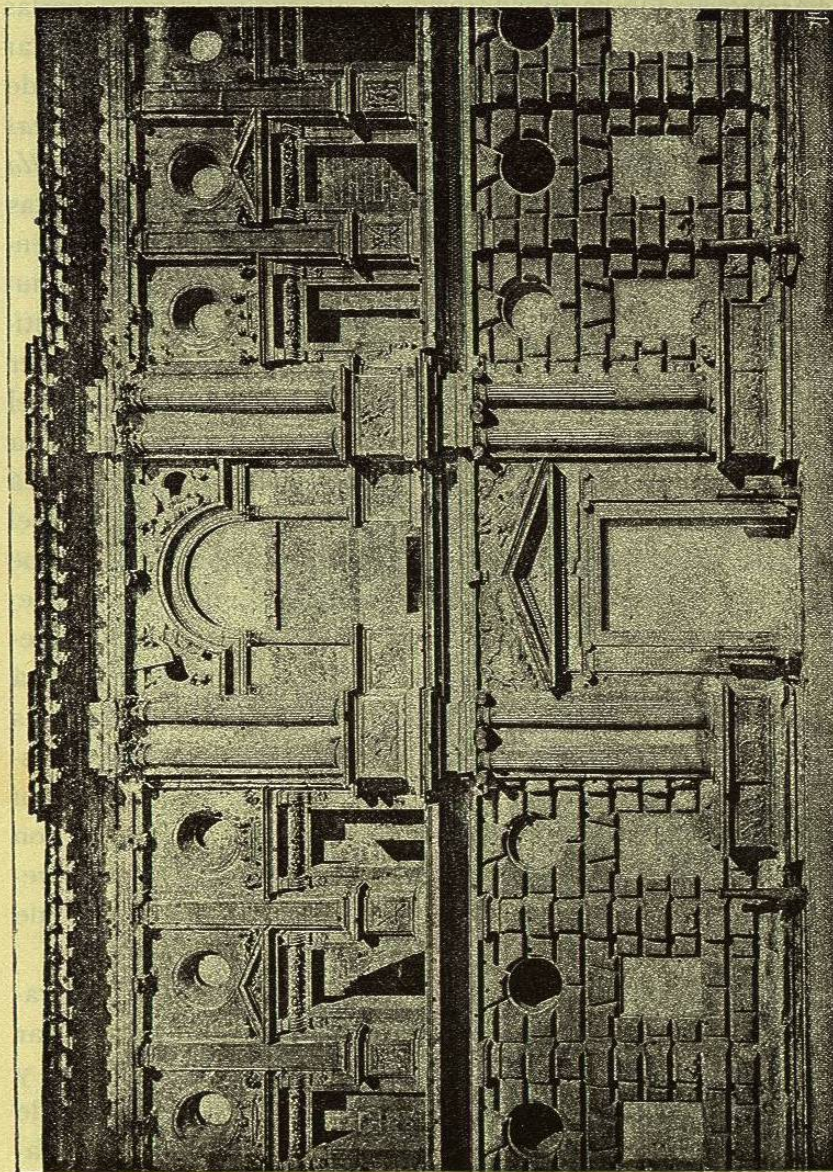
Quedan aún en el Albaycín otras iglesias de la decadencia gótica; pero ¿son acaso más que reproducciones de este San Juan de los Reyes? La doble ojiva concéntrica domina en casi

Nueva y subir á una cuesta sita á la derecha de la calle de los Gomeles: vese desde ella parte de la ciudad, en medio la calle de los Gomeles, á la izquierda sobre el cerro de la Alhambra la sombría torre de la Vela y los Adarves, á la derecha las Torres Bermejas, en el fondo el palacio de Carlos V y la parroquia del mismo Alcázar, ante la cual se destaca la torre de la Puerta del Juicio.

todas las fachadas de esta época; un pequeño nicho con la imagen del Tutelar adorna casi todas sus cornisas. No se distingue de las demás portadas sino la de Santa Isabel la Real, cuya ojiva recortada está abierta entre dos agujas de crestería debajo de pequeñas hornacinas en que figuran tres escudos de armas; y ni aun por esta circunstancia logra detener un solo instante las miradas del viajero. Es común, vulgar, vulgarísima, tan vulgar como su interior, donde sólo un arco ojival separa la nave y el presbiterio, donde sólo llaman la atención sus dorados techos de complicada ensambladura. Original no lo es sino su hermosa torre de ladrillo, torre de planta cuadrada, esbelta como el álamo, ceñida de ajimeces encuadrados como los minaretes musulmanes, adornada de una cinta de piedras prismáticas como los monumentos bizantinos. Es elegantísima esta torre, elegante como ninguna otra de la ciudad, si se exceptúa la de Santa Ana, cuyas lindas ventanas están abiertas en recuadros de azulejos. ¡Lástima que ni una ni otra formen parte de un templo proporcionado á su grandeza y su hermosura! Una iglesia homogénea de la época á que nos referimos no la hay ya en Granada para el que ha visto la Capilla Real y San Juan de los Reyes: existen algunas naves góticas, pero no se entra ya en ellas sino al través de puertas romanas ó del renacimiento. Las festonadas ojivas de la nave de San Nicolás, cuyas impostas están pintadas de oro; las de la nave de San Miguel el Bajo, sostenidas por medias columnas de capiteles cónicos; las de la nave de San Cristóbal, que arrancan de los mismos muros y sostienen pesadas bóvedas de arista; los arcos trilobados de la nave de la Concepción, sobre los que descansan también lunetos góticos; todas esas misteriosas curvas de la Edad media están precedidas de cimbras más ó menos gallardas con columnas y entablamentos greco-romanos, algunos dóricos, otros corintios, la mayor parte de rudas y bastardas formas. San Luís y San Gregorio conservan todavía sus portadas ojivales; mas no por esto están menos destituídos de interés: nada tienen bello sino sus techum-

bres de madera adornadas de los más caprichosos entrelazos. Sujeta Granada al poder de los árabes hasta fines del siglo xv, tuvo muy poco tiempo para embellecerse con monumentos, y aun los que construyó ha tenido que verlos después bastardeados por los arquitectos de otros siglos. Á la orilla derecha del Darro, al pié de la cuesta del Chapiz, levantó un día la piedad de los reyes el convento de la Victoria: ¿qué nos quedan ya de él sino ruinas solitarias que apenas dan idea del estilo que dominó en sus puertas y sus naves?

Pero ¿es tan escasa en monumentos Granada que debemos detenernos en las ruinas de sus templos? Alzase en el fondo de una plazoleta un palacio sombrío, cuya fachada no adornan más que tres grandes argollas, cinco figuras sostenidas por toscos pedestales y unos antiguos mosquetes que asoman entre anchas almenas cerradas en forma de ventanas. Tiene el portal pintadas en el techo luchas de fieras y monstruos que sólo pudo abortar la fantasía; entallados en el salón principal hermosos casetones, bustos cubiertos de oro y de colores que imponen por su aspecto severo al que penetra en tan grandiosa cámara. Casi todas las paredes son de sillería; casi todo respira no sólo majestad, sino también misterio. En el interior, en el exterior, en todo es singular y raro este palacio: los bustos son retratos de personajes célebres; las figuras de la fachada, héroes cantados por Homero y dioses del antiguo paganismo; las argollas, aros de hierro con poéticas leyendas colgados de otros tantos corazones. ¿Qué significación pudo tener este monumento? ¿qué enigma fué el que pretendieron encerrar sus fundadores en esas mudas piedras? ¿Son las figuras símbolos ó hijas del capricho? ¿Por qué se conservan aún esos mosquetes? Es conocido hoy ese palacio con el nombre de Casa de los Tiros y se sabe que perteneció á los infantes de Granada. Dicen que fué construído no sólo como palacio, sino también como baluarte; que próximos á la muralla temieron los infantes y armaron de mosquetes sus almenas; que de esto le vino á la casa el nombre que ahora

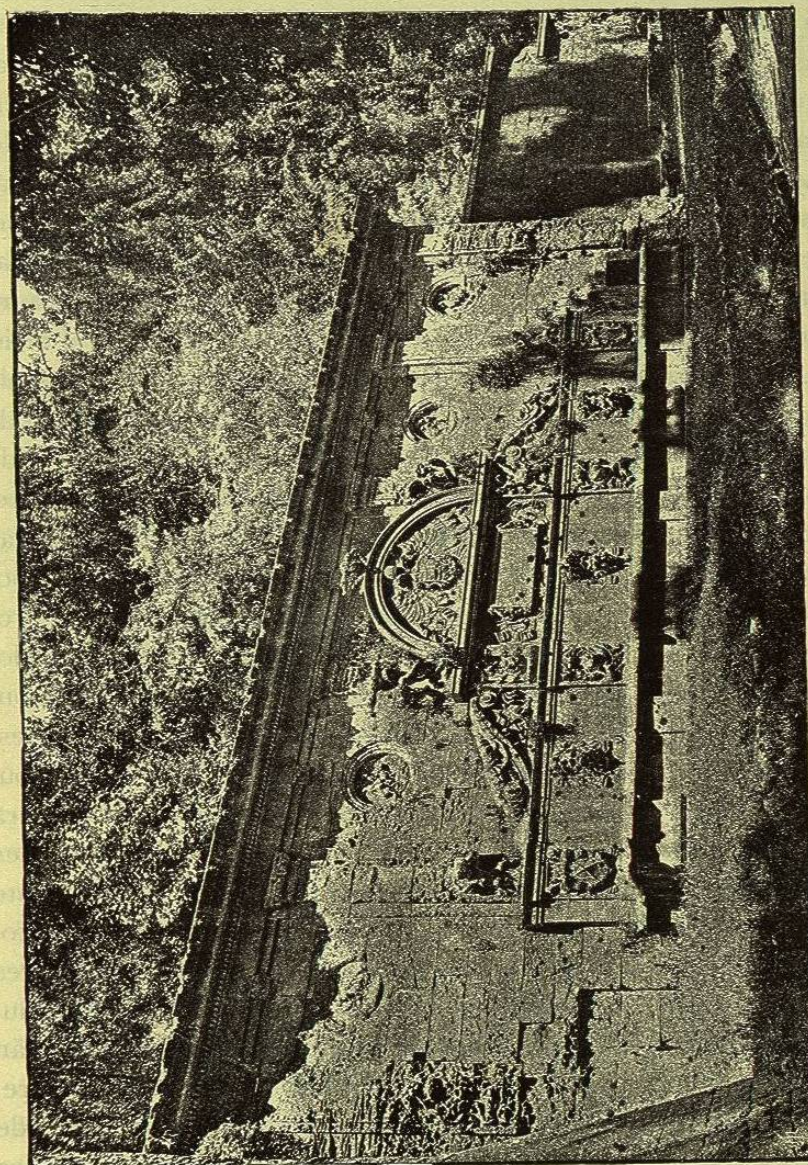


GRANADA

FACHADA DEL PALACIO DE CARLOS V

lleva; pero ¿satisface esta explicación? ¿á qué guardar entonces las armas cuando ha desaparecido el almenaje? ¿á qué tenerlas asestadas contra la ciudad y no contra el campo? ¿á qué el estar suspendida cada argolla de un corazón? ¿á qué el estar grabado en ellas: *el corazón manda gente de guerra, ejercita las armas — el corazón se quiebra hecho aldaba llamándonos á la batalla — aldabadas son que las da Dios y las siente el corazón?* Estas palabras son demasiado profundas para dejar de creer que encierran un sentido oculto. Están escritas en la pared del monumento, debajo de figuras que representan guerreros de la antigüedad y divinidades del Olimpo, en argollas que no pueden ser tomadas por llamadores colocadas como están sobre el dintel de la puerta: ancho, muy ancho campo ofrecen sin duda á la imaginación del que quiera sondar este secreto. Fueron quizá escritas sin intención; pero ¿quién podrá negar que dejan en el alma una impresión profunda y ha de sentir quien las lea que no hayan levantado sobre ellas la voz ni la tradición ni la poesía? Una sola palabra escrita en un rincón oscuro de una catedral de la Edad media bastó para inspirar una novela célebre á un autor contemporáneo: ¿por qué no habrían de inspirar estas á nuestros poetas para componer siquiera una leyenda? La misma vaguedad histórica que rodea el monumento favorece aquí el desarrollo de la poesía: ¡vosotros los que habéis cantado con tanta energía los misterios de Generalife y de la Alhambra, venid y medita! no os faltará asunto ni eco para el mejor de vuestros cantos.

No ofrece tanto al poeta ese orgulloso palacio del Emperador, sentado según fama sobre las ruinas de parte del alcázar árabe. Es un edificio severo, grandioso, inmenso, de anchos y majestuosos sillares, de líneas dilatadas; pero ¿á quién han de conmover si no es por su grandeza esas frías y monótonas fachadas en que no se ve más que la superposición de diversos órdenes arquitectónicos por las reglas matemáticas que nos legó Vitrubio? ¿á quién podrán conmover ni sus prolongados vesti-



GRANADA

FUENTE DE CARLOS V

bulos, ni su soberbio patio circular ceñido de columnas dóricas, ni sus cámaras á medio construir sin adorno, sin techo, expuestas hace tres siglos al furor de las borrascas? ¿Qué es todo más que una enorme masa de piedra distribuída no por la inteligencia ni el sentimiento, sino por el compás del geómetra? Ponderase mucho allí lo bien labrados que están los mármoles más duros, las dificultades que hubo de vencer el autor para componer la ingeniosa bóveda anular que corre en torno del patio, las que le presentó la construcción de ciertas curvas, dificultades todas de ejecución que sólo puede vencer la ciencia, no el artista. ¿Qué nos indica ya esto sino la carencia absoluta de genio monumental que revela ese palacio, tan sólido como falto de sentido? Es su planta un cuadro que lleva una portada en cada uno de sus lados. Examinemos la principal, la de poniente. Ocho columnas dóricas, entre las cuales figuran tres puertas cuadrangulares, sostienen el entablamento de su primer cuerpo; ocho jónicas, entre las cuales están abiertas tres ventanas coronadas de frontones, sostienen el entablamento del segundo. Cada grupo de columnas tiene su pedestal, cada puerta su frontón, cada pedestal y cada frontón sus figuras, sus medallones, sus relieves. ¿Qué poesía puede respirar esa estudiada distribución de unos mismos elementos arquitectónicos? Si la escultura no hubiese venido á adornarla con elegantes composiciones alusivas á los triunfos de D. Carlos, se cruzaría indudablemente el umbral de esta portada sin detenerse apenas ni en sus columnas ni en sus frisos. La escultura es la que ha dado interés á esta portada. No se fijan los ojos en la parte puramente monumental, pero sí en los relieves de sus pedestales en que están representadas batallas sangrientas, luchas de hombre á hombre, cañones, banderas, grupos de armas, matronas con ramos de olivo y corona de laurel sentadas sobre haces de lanzas y otros ricos trofeos á que pegan fuego dos brillantes genios. No se fijan los ojos en los frontones de las puertas, pero sí en las elegantes figuras echadas sobre sus dos lados, en los delicados re-

lieves de sus airosas medallas, donde está reproducido ya un joven guerrero, ya dos lindas cabezas de perfil, ya tres jinetes que corren seguidos de un perro y un escudero por áridos campos en que descuella uno que otro arbusto y algún tronco de árbol. No se fijan los ojos en los capiteles ni en los marcos del segundo cuerpo, pero sí en los medallones de mármol blanco que adornan la parte superior de sus ventanas, medallones en que se ve las armas imperiales entre un Hércules que sujeta al toro de Creta y otro que acaba de postrar al terrible león de Nemea. Vistas estas figuras y relieves, vistos los de la portada meridional, magníficos trofeos alusivos á las guerras de África, puede ya el viajero retroceder: son no sólo modestas, sino también mezquinas las demás portadas; es no sólo incompleto, sino también falto de vida el interior: no se goza de nuevo, no se recibe nuevas impresiones, se pierde por lo contrario las esperanzas concebidas.

Grandes sensaciones no las ha de experimentar ya el viajero sino en San Jerónimo, templo arrogante que no es sino el gran sepulcro del héroe de los héroes de Castilla. Descúbrese los muros de este templo desde alguna distancia: la simple vista de su exterior es ya imponente. Alzanse sobre las paredes de la nave, corridas de una doble cornisa y coronadas todas de gárgolas, las paredes del crucero; distínguese en ellas un inmenso escudo de armas sostenido por figuras colosales; y se empieza á presentir que hay algo de extraordinario bajo aquella ruda cubierta ennegrecida por los siglos. Una cúpula ceñida al parecer de torreones cubre el centro del crucero; un ábside de dos cuerpos cortada por grandes estribos crece al pié de la cúpula; y todo va despertando el interés y aumentando la fuerza de los presentimientos. Divísase á poco en el primer cuerpo del ábside otro escudo que guardan dos guerreros armados de hachas, en el segundo un tarjetón apoyado en dos figuras que simbolizan la fortaleza y la justicia: la curiosidad, la inquietud crecen por momentos y llegan á su colmo. Se desea leer los caracteres en-